

Carlos Carballo

Desgrabación de las preguntas

Pregunta 1

Una pregunta que me hago constantemente en relación al hambre y la alimentación es si será posible en el futuro —y ojalá que sea cercano para todos— que podamos acceder a una alimentación saludable sin alcanzar... ¿sin alcanzar antes la soberanía alimentaria? Esa soberanía alimentaria que se está poniendo nuevamente de moda en Argentina como consecuencia de la crisis que estamos atravesando. Sobran dudas e interrogantes al respecto, pero también tenemos algunas certezas básicas.

Una de ellas es la necesidad de analizar la problemática del hambre y la nutrición, sus consecuencias y, por supuesto, sus causas. No solo desde el derecho a la alimentación reconocido por las Naciones Unidas allá en los '40 ya, e incorporados en nuestra constitución después, sino desde la soberanía alimentaria, definiendo como soberanía alimentaria el derecho de cada pueblo y de todos los pueblos a decidir sus propias políticas y estrategias para lograr una alimentación cultural y nutricionalmente adecuada para todos. Y cuando hablamos de alimentación, y aunque sea obvio, tenemos que insistir en que el agua sana es un alimento básico, y para mucha población de nuestro país y del mundo es, quizás, el alimento básico al que tiene menos acceso.

Bueno, para pensar desde la soberanía alimentaria, es básico considerar la estructura y dinámica del sistema alimentario de nuestro país. Para lo que es necesario analizar qué viene pasando en nuestro país en relación al sistema alimentario mundial.

Ahora, cuando hablamos de sistema alimentario, ¿de qué hablamos? ¿Por qué hablamos tan poco de sistema alimentario y nos quedamos en la producción, en la productividad, en la agroecología, en el extractivismo, en la gran escala, en el agronegocio? O nos quedamos en la dificultad de los consumidores, los que pueden, los que no pueden, los veganos, los vegetarianos, los celíacos, los chicos, los grandes, etcétera... El concepto de sistema alimentario plantea la interrelación de procesos y actores de la producción, la comercialización, la elaboración, la exportación, la distribución y el consumo de alimentos. Todo esto, profundamente interdependiente y también, aspectos fundamentales de lo que fue, de lo que es y de lo que será el rol del Estado, que consideramos imprescindible. El Estado y sus instituciones, por supuesto.

La interacción del sistema alimentario argentino con la sociedad mundial fue creciendo en las últimas décadas, con impactos en todos los sectores sociales y en todos los territorios. Eso lo expone con mucha claridad, nos parece, la Red de Cátedras Libres de Soberanía Alimentaria y colectivos afines de nuestra golpeada Universidad pública, y el llamamiento que impulsa el premio Nobel de la Paz Adolfo Pérez Esquivel, numerosos actores sociales y políticos de nuestra sociedad.

Pero eso que pasa en el sistema alimentario nacional y el sistema alimentario mundial no es autónomo de lo que sucede en nuestro planeta, donde, a nivel mundial, se expande una crisis civilizatoria de magnitud, de la que desde principio de este milenio vienen dando

cuenta distintos analistas y, quizás, el gran comunicador como fue el Papa Francisco a través de sus encíclicas.

Entonces, cuando hablamos de crisis civilizatoria, nos planteamos la superposición de un conjunto de crisis: la crisis económica social, la crisis alimentaria, la crisis energética, la crisis climática o ambiental y, ahora más recientemente, la crisis del trabajo. La superposición de esas crisis y las tensiones, las luchas y los conflictos que se generan a nivel internacional, de alguna forma condicionan profundamente lo que viene pasando en nuestro país.

Y en relación a los aspectos específicamente referidos a los alimentos, los alimentos dejan de ser un derecho y pasan a ser una mercancía más. Es un producto más, como las medias, como el cepillo de dientes, como el celular, en función de los mercados y de quienes manejan los mercados. Eso generaliza la malnutrición a nivel mundial y a nivel de nuestro país. En este momento, decimos que una expresión de esa malnutrición es el hambre.

Decimos que en el mundo, según dato de Naciones Unidas, hay 800.000 o 900.000 personas que sufren hambre. Superan los tres mil millones de habitantes, aquellos que sufren por la sobrealimentación o por la alimentación inadecuada. Y para la Organización Mundial de la Salud y para la Organización Panamericana de Salud, el tema de la obesidad, el sobrepeso y las enfermedades no transmisibles son el principal problema de salud a nivel mundial.

Para algunos, el tema es cómo acceder a los alimentos básicos, o al menos llenarse la panza. Otros se llenan la pancita con alimentos muy procesados, muy elaborados a los que llamamos ultraprocesados, a los que en muchos casos, algunos con picardía, los denominan OCNIs —objetos comestibles no identificados— porque si uno se detuviera, se pusiera los anteojos y leyera las etiquetas, descubriría que está incorporando como alimentos una cantidad de cosas de las que no tiene la menor idea y que jamás tendrá la menor idea en qué consiste pero que seguramente le hace ganar dinero a las empresas.

Entonces, esto tiene algo que ver con la producción. Tiene algo que ver con la etapa primaria de producción de alimentos para ese sistema. Y allí, nosotros destacamos que por un lado se expande la producción a gran escala, manejado por empresas cada vez mayores, donde el capital financiero determina la operatoria, las decisiones y la lucha para persistir en la producción y generando alimento de las cooperativas, de las PyME, de la agricultura familiar, campesina, indígena y los trabajadores rurales. Nos parece que son expresiones de dos campos con problemáticas y objetivos absoluta y totalmente distintos.

Pregunta 2

¿Qué está pasando con el hambre y la desnutrición, el sobrepeso y la obesidad y las enfermedades no transmisibles, que pueden considerarse como una epidemia muy difundida? ¿Cómo inciden estos actualmente en la Argentina?

Estamos viviendo, en algunos casos, viejos problemas nacionales, pero en un nuevo y muy complejo contexto. ¿Por qué viejos problemas? En Argentina tenemos registro de problemas alimentarios importantes, por lo menos desde Juan de Garay y la segunda fundación de Buenos Aires. Muchos de ellos están registrados, otros los escondimos debajo de la alfombra, pero sobran registros de situaciones con consecuencias diferenciales por

provincias, por regiones, por territorios, etcétera, que tuvieron que ver mucho con la pobreza y la falta de ingresos para adquirir alimento.

Sobran censos agropecuarios de población, económicos, estadísticas, indicadores de todo tipo, observatorios públicos, privados, del tercer sector, etcétera, etcétera, que dan cuenta de una voluminosa cantidad de información. Quizás en algunos aspectos estemos desactualizados. En la mayoría estamos bastante actualizados, y aun en los más desactualizados, lo que quedan muy, pero muy, pero muy claras son las tendencias. Las tendencias no tienen error y se vienen acentuando y se vienen profundizando.

¿Eso qué tiene que ver...? (por supuesto, nuestra colaboración, nuestro apoyo a todos aquellos que se dirigen a nosotros, nos pidan contactos, información con respecto a alguno de estos temas que tienen que ver con el sistema alimentario argentino). Bueno, hay unos pocos y dolorosos datos de la situación actual. Serios problemas de ocupación, condiciones de trabajo e ingresos que afectan a los trabajadores en relación de dependencia, y particularmente al 60% de los trabajadores que no cuentan con trabajo registrado por sus ingresos. Más del 40% de la población está por debajo de la línea de pobreza, y el 60% de nuestros pibes y adolescentes pertenece a esos hogares. Casi el 10 por ciento de la población no llega ni siquiera a llenarse la panza, y según UNICEF, más de 1.000.000 de pibes se acuestan con hambre. Esos son datos del año pasado.

¿Y por qué tanta gente tiene dificultades para acceder a una alimentación y seguramente también a un ambiente saludable? ¿Cuáles son las causas que permiten explicarlo? Y si me dieran las circunstancias, obviamente también modificarlo. ¿Cómo se explica esto en uno de los pocos países más extensos y fértiles del mundo? Un país que cuenta con conocimientos, tecnología, capacidad de trabajo, de organización, experiencia para producir prácticamente todos los alimentos básicos que necesitamos. Y además fue y es un gran productor y exportador de alimentos y/o insumos para producirlo. ¿Estamos locos? ¿Hay una guerra que no entendemos? ¿Son consecuencias de alguna pandemia generalizada? ¿Es la maldición de los argentinos, como decía hace poco un político? ¿Tenemos todo eso, pero además tenemos argentinos, es un problema nuestro?

Bueno, sin orgullo pero con bronca y también con mucha esperanza, podemos afirmar que somos un claro ejemplo en el mundo de que el hambre y la alimentación no tienen nada que ver con la producción de alimentos, sino con las políticas que permiten o no el acceso a los mismos.

Pregunta 3

Ante esta generalizada y crítica problemática alimentaria que vivimos, ¿qué se puede hacer? ¿Qué tipo de políticas son necesarias y quiénes son o somos los responsables de promoverlas y concretarlas?

Más de 40 años continuos de políticas alimentarias desde el gobierno de Raúl Alfonsín y las cajas PAN para acá, las periódicas crisis alimentarias que fuimos viviendo, que fuimos sufriendo, nos permiten acumular una importantísima experiencia que responde, además, a la diversidad que existe en nuestros territorios, los múltiples actores públicos y de la sociedad que han participado, las PyMEs y las cooperativas agrarias, los emprendimientos de

la economía social, las organizaciones de la agricultura familiar campesina indígena, los trabajadores rurales, entre muchísimos otros, son claros ejemplo y testimonio de lo que se pudo y se puede. Aun en las condiciones de discriminación a que fueron sometidos y a las agresiones de las que son y somos actualmente víctimas.

Del 2000 para acá pasamos de “el hambre es un crimen” y la conformación del FRENAPO, Frente Nacional Contra la Pobreza, a la actual “la peor violencia es el hambre”. En 40 años de gobierno democrático, crisis alimentarias, periódicas... y ahora, como otras veces, con la urgencia de responder a la emergencia.

Pero ojo, ¡cuidado! ¿Volveremos a equivocarnos si no damos pasos concretos en la gestación de un modelo de desarrollo más equitativo, económica, social, ambiental, cultural, política y éticamente sustentable, que democratice el acceso a los bienes naturales y a la alimentación, una alimentación nutricional y culturalmente saludable para todos? Con idas y vueltas, este puede ser, debe ser el camino de la soberanía de nuestra Patria y de la alimentación autónoma y soberana. Nada fácil, por cierto, pero es un desafío que nos convoca, y al que... y en el que... bueno, consideramos posee un rol fundamental la población urbana organizada. El consumo responsable y la participación para lograr precios más justos, alimentos más saludables, objetivos y estrategias y políticas públicas ejecutados por un Estado que tiene ser distinto al actual —un Estado que debe estar al servicio del bien común— deben ser parte del hacer cotidiano de cada hogar, de cada familia, de cada comunidad, de cada barrio, de cada organización, de cada movimiento social y político.

Necesitamos fortalecer una ciencia y una tecnología dignas, una economía y un consumo con otros valores, donde el sálvese quien pueda y el consumismo dé lugar otro tipo de relaciones más fraternas y solidarias, donde el cuidado de la naturaleza, los bienes comunes, el cuidado de los bienes comunes y la vida digna, sean prioritarios para todos. Esta es la tarea, tratemos de hacerla juntos.

Título de charla

El título de la charla que me gustaría dar dentro de cinco años, si la vida lo permite, es: ¿Qué avances logramos para alcanzar la alimentación saludable de nuestros hermanos habitantes de las ciudades?